

# Desmodernización o productividad: una encrucijada de hierro

**ALEJANDRO KATZ**

*Editor, traductor y ensayista y director de Katz Editores. Profesor UBA*



Ponencia presentada en el XVIII Seminario del Boletín Informativo Techint, agosto 2023.

El autor agradece los valiosos comentarios de Sebastián Katz.

**El modo en el que la gente imagina la realidad es a menudo tan interesante como la realidad misma. Y afecta el modo en el que nos comportamos, para bien o para mal**

**IAN BURUMA**

**H**ACE ALGUNOS AÑOS, INTENTANDO EXPLICAR a un amigo extranjero cómo es la ciudad de Buenos Aires se me ocurrió la siguiente fórmula: “Buenos Aires, le dije, es una ciudad en la que se vive con el estrés de Nueva York y con la productividad de Quito”. Repetí la ocurrencia muchas veces, sin nunca detenerme a pensar qué significa, con precisión, *productividad*.

Cuando acuñé esa frase no imaginaba que alguna vez tendría que hablar acerca de la productividad, de la que no sé nada, ante un auditorio como éste, integrado por gente que lo sabe todo. Pero, al igual que *estrés*, se trata de un concepto que, más allá de su definición técnica, ha permeado el sentido común de nuestra época y pasado por tanto al lenguaje cotidiano.

Buenos Aires condensaba en aquella frase lo peor de dos mundos: aquí no era posible disfrutar de la vida contemplativa y pausada que la imaginación popular atribuye a los trópicos, ni de la riqueza y la excitación asociadas con la alta productividad de las ciudades globales.

**La mentalidad es algo así como el motor de las actitudes. De manera poco racional a veces, inconsciente o subcientemente, un grupo social, una colectividad, se planta de una cierta manera ante la muerte, el matrimonio, la riqueza, la pobreza, el amor, el trabajo [...] Hay en el grupo social un sistema de actitudes y predisposiciones que no son racionales [...] pero que tienen una enorme fuerza.**

**JOSÉ LUIS ROMERO**

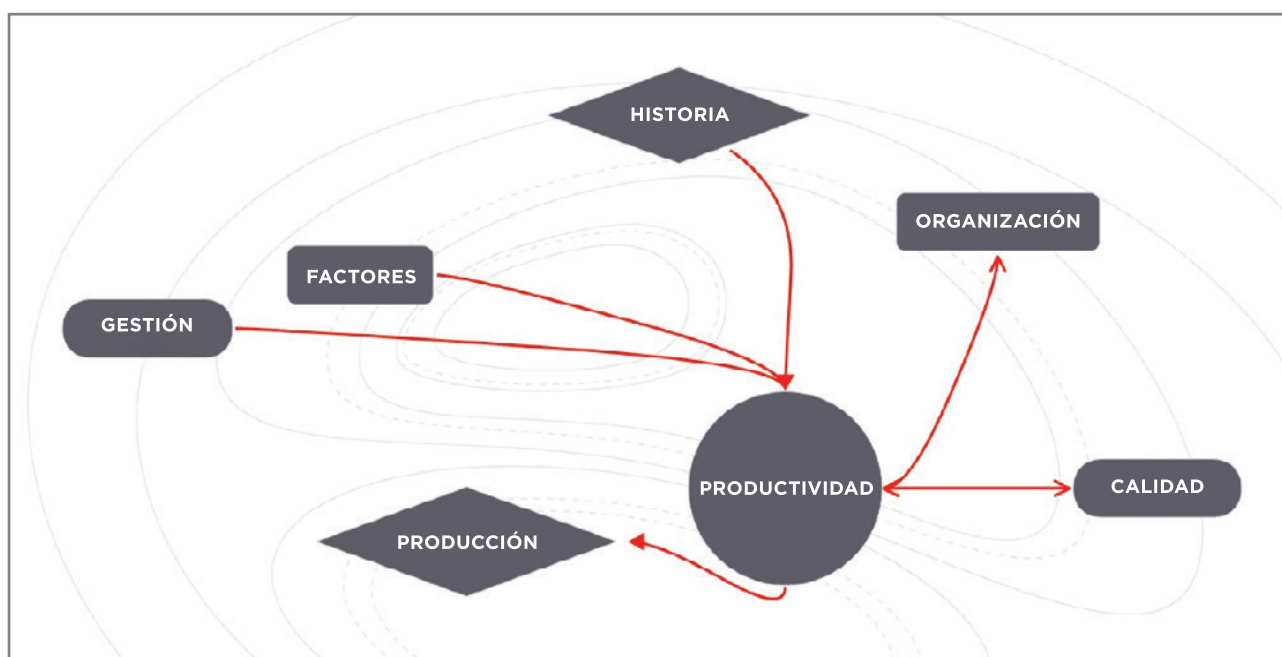
ESTUDIO DE LA MENTALIDAD BURGUESA,  
MADRID, ALIANZA, 1987

[ 1 ] JOSÉ LUIS ROMERO, Estudio de la mentalidad burguesa, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1987, p. 16.

El hecho de que pudiera utilizar el concepto sin excesiva impericia, a pesar de no haber indagado nunca en el significado que le asigna la ciencia económica, y de que mis eventuales interlocutores rápidamente comprendieran el apotegma, indica que la idea misma de productividad es parte ya de la ideología de nuestra época o, con la expresión de José Luis Romero, de la mentalidad de nuestro tiempo.

Pero un concepto no opera de modo aislado: para cobrar sentido, para nutrir, como dice Romero, “*el sistema de pensamiento y (regir) el sistema de la conducta del grupo social*”, esas ideas deben formar parte de un conjunto más amplio, que constituye el horizonte de pensamiento de una comunidad en una época determinada. Ese conjunto de ideas, ese *vasto caudal* –en palabras de Romero– que conforma la mentalidad del grupo, está constituido por “*ideas valorativas y normativas, condicionantes de los juicios de valor sobre las conductas. Las opiniones sobre lo que es bueno y lo que es malo, tan cambiantes según los tiempos* –continúa Romero–, *se apoyan en actitudes difusas pero arraigadas y generan normas que dirigen la acción del grupo*”.<sup>1</sup>

### Mapa conceptual de “productividad”



**Wordcloud de la palabra *productividad*  
a partir de la definición de Wikipedia**



*Productividad* es parte de una familia de conceptos, de un lenguaje, podríamos decir, con sus propias gramática y sintaxis, es decir, con un modo particular de encadenar entre sí las partes que lo integran. Su campo semántico es bastante preciso; allí están presentes, conformando ese *vasto caudal*, conceptos como *factores, gestión, organización, trabajo, tecnología, educación...* En esa esfera de sentido, la productividad es un problema del capital y de la eficiencia para la generación de retornos sobre las inversiones.

Quisiera destacar, entre los conceptos que participan de aquel campo semántico, uno sobre cuya importancia para mi argumento me llamó la atención Sebastián Katz: especialización, esa especialización que, tal como señaló tempranamente Adam Smith, explica en gran medida las ganancias de productividad ocurridas desde la revolución industrial.

Pero la productividad no depende solo de aquellos factores; depende también de “una serie de elementos sociales, psicológicos y culturales que subyacen y condicionan las actitudes y el comportamiento económicos”.<sup>2</sup> (Britannica, *Productivity*) En esa perspectiva más amplia, la productividad cobra sentido en relación con dos conceptos estrechamente relacionados entre sí: progreso y modernidad.

**The level of productivity [...] include the available supplies of labour, land, raw materials, capital facilities, and mechanical aids of various kinds[...] and a range of social, psychological, and cultural factors that underlie and condition economic attitudes and behaviour.**

**BRITANNICA, PRODUCTIVITY**

WRITTEN BY MARVEN FRANKEL  
AND JOHN KENDRICK

Disponible en: <https://www.britannica.com/money/topic/productivity>

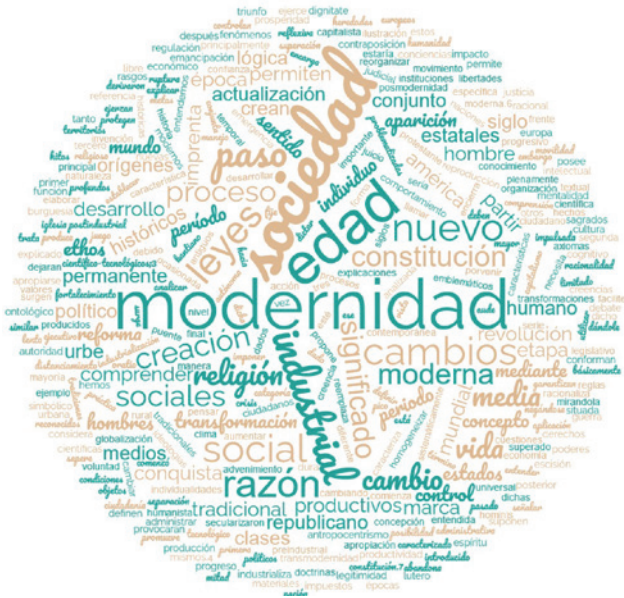
Last Updated: Aug 8, 2023

La idea de modernidad, sumamente compleja y pasible de ser estudiada desde perspectivas muy diversas, consiste fundamentalmente en el intento de construir un proyecto para el futuro. Es, en ese sentido, una idea de movimiento, la idea que pone en marcha a las sociedades, haciéndolas salir de un estado de cosas percibido como estable y permanente para ir a uno caracterizado por el cambio, la mutación, la transformación. En oposición a las estructuras fijas, rígidas, de las tradicionales sociedades feudales, en las que la distancia entre el origen y el destino era prácticamente nula, la modernidad mide su realización justamente en la separación entre el punto de partida y el de llegada. El individuo moderno se aleja de las creencias familiares, de los oficios paternos, del terruño. Elige a dónde ir: la profesión en la que habrá de desarrollarse, el sistema de creencias e incluso de valores morales que guiará su conducta, qué estructura familiar va a construir, en qué sitio realizará su vida. Cuanto mayor sea la distancia respecto del origen, más logrado se considera un proyecto de vida. Nuestro lenguaje cotidiano lo expresa con precisión: alguien que ha sido exitoso, en términos de la modernidad, es alguien *que ha llegado muy lejos en la vida*, en oposición a quien *no ha llegado a ningún lado*.

---

[ 2 ] FRANKEL, MARVIN AND KENDRICK, JOHN W. *Productivity*. Encyclopedia Britannica, Invalid Date, <https://www.britannica.com/money/topic/productivity>. Accessed 10 September 2023.

## Wordcloud de la palabra *modernidad* a partir de la definición de Wikipedia



Ese movimiento es, también, el movimiento en la escala social, que supone la posibilidad, la promesa, de ascenso. Un ascenso que puede producirse individualmente, por la concurrencia muchas veces azarosa de capacidades personales y circunstancias del entorno, pero que también ocurre como resultado de la acción colectiva: las sociedades mejoran, y en esa mejoría van contribuyendo al ascenso de cada uno de sus miembros. El establecimiento de comunidades políticas constituidas en términos de estados nacionales es justamente el modo de delimitar quiénes participarán de los beneficios del progreso que resulta de la cooperación y de una acción colectiva orientada al beneficio de los actores.

Dejando de lado las interminables discusiones acerca de los sentidos precisos de la modernidad, es posible reconocer, en todas las sociedades que han emprendido ese camino, transformaciones simultáneas en tres esferas: la económica, que se aleja progresivamente de las actividades primarias ante todo y manufactureras después, privilegiando la producción simbólica-conocimiento, diseño, servicios: de lo manual a lo

intelectual, de lo concreto a lo abstracto; la social, que promueve determinadas formas de sociabilidad, caracterizadas por la disolución de las jerarquías sociales rígidas y de sistemas de creencias establecidos por el nacimiento; y, por último, una dimensión política, cuyo rasgo particular consiste en la *ciudadanización* de todos los miembros de la comunidad, es decir, en la extensión creciente de la isonomía, de la igualdad ante la ley. Brevemente dicho: producir prosperidad, conferir autonomía y movilidad social, universalizar los derechos políticos y sociales.

Esse proceso es inmensamente costoso, para los individuos y para las sociedades, por diversas razones de las que quiero destacar, ahora, especialmente una: el abandono del mundo tradicional por el mundo moderno supone la incorporación de la incertidumbre como una variable fundamental de la vida. Producto de la revolución que dio origen a la mentalidad burguesa, toda la historia de la modernidad es, como dice José Luis Romero, el intento de “*construir una ideología que sea a la vez un proyecto para el futuro*”, lo cual significa que el futuro sea concebido como un espacio abierto, dispuesto para que la acción humana le de forma y contenido.

Abandonar el mundo tradicional, un mundo de estabilidad y certidumbre, por otro en el que el futuro es un proyecto a construir exige cargar a ese futuro de promesas que hagan atractiva la aventura humana. Es aquí donde la idea de progreso adquiere un papel central en la ideología de la modernidad: sin ella, el costo subjetivo del abandono de las certezas sería intolerable.

Se trata de una idea que ha visto momentos de apogeo y de crisis, y que desde la primera posguerra ha estado sometida a un agudo cuestionamiento por parte de las ciencias sociales y las humanidades. Pero que, a pesar de ello, ha continuado organizando la vida de las sociedades, primero en el mundo atlántico y, desde hace algunas décadas, también en otros sitios.



**Wordcloud de la palabra *progreso*  
a partir de la definición de Wikipedia**

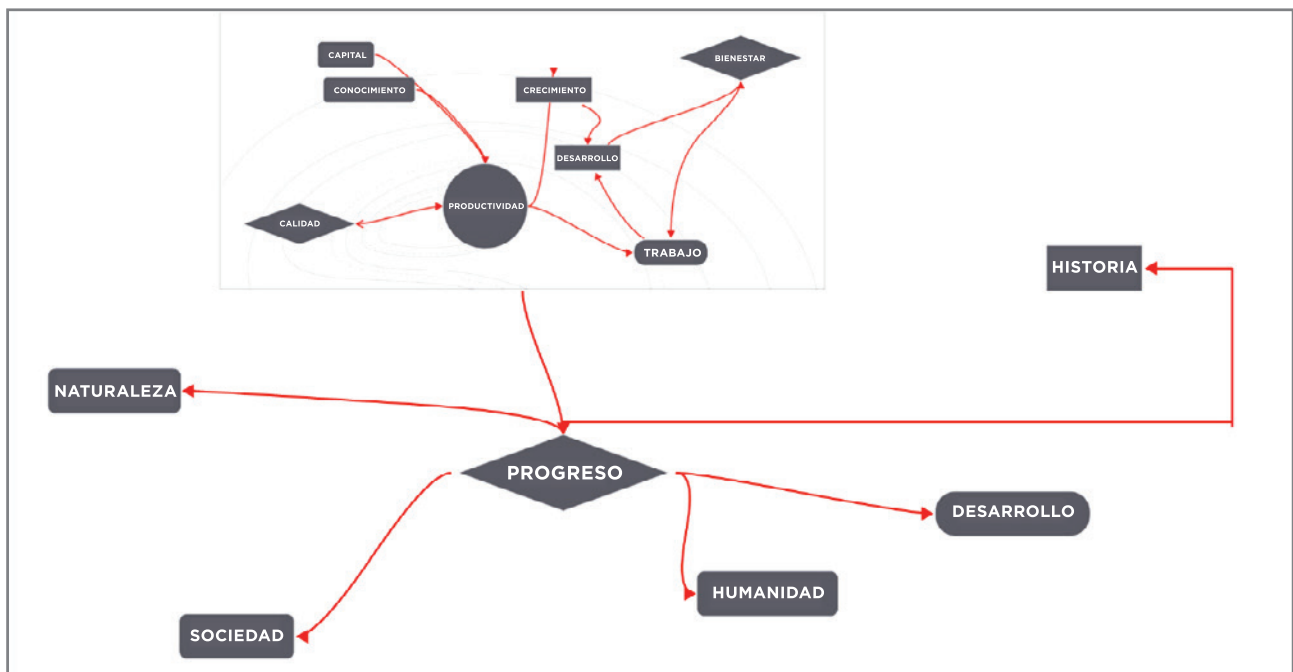


En Argentina es justamente el futuro como proyecto lo que está ya no diré *en cuestión* sino directamente obturado.

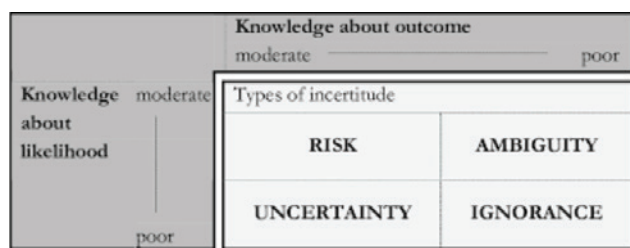
La productividad es parte del dispositivo del progreso, entendido este no en su versión moral –cuya viabilidad parece ya descartada por el más agudo pensamiento contemporáneo– pero cuando menos en la dimensión material de la vida. Es uno de los mecanismos que permite reducir la incertidumbre respecto de ese futuro organizado como proyecto, al contribuir, sino directamente permitir, que la vida material por venir sea más abundante que la presente.

La reducción de la incertidumbre ha sido sustituida por el sentimiento inverso: la certeza de que el futuro será cada vez peor que el presente. Un sentimiento que ha ido cristalizando a lo largo del tiempo, de un tiempo que posiblemente se inició con el Rodrigazo, no porque este haya sido un acontecimiento *ex nihilo*, pero porque, al cristalizar en un estallido desequilibrios acumulados que no encontraron otra resolución,

**Mapa conceptual de *progreso***



significó un punto de inflexión, el momento en el que se hizo evidente que la nuestra era una sociedad que no encontraba la forma de construir un proyecto común. Si señalo ese instante es por una evidencia que me parece contundente: es entonces cuando comenzó, como dicen los economistas, la formación de activos externos, a un ritmo que prácticamente nunca cesó. Desde entonces los argentinos, o, más precisamente, los que pueden hacerlo, decidieron que el presente se realiza aquí, pero el futuro en otro sitio, con otras personas, en otro marco institucional que esté, ese sí, en condiciones de reducir la incertidumbre.<sup>3</sup>



**En general, en las sociedades dinámicas hay más riesgo pero está asociado con un mayor crecimiento promedio. En Argentina hay incertidumbre en sentido estricto, no modelable, y eso provoca una tendencia al estancamiento, cuando no a la retracción económica.**

**SEBASTIÁN KATZ**

COMUNICACIÓN PERSONAL

Fuente: MIKAEL KARLSSON, *Managing Complex Environmental Risks for Sustainable Development*. Dissertation. Karlstad University Studies 2005:34. Disponible en [https://www.researchgate.net/figure/Types-of-incertitude-relations-between-risk-uncertainty-ambiguity-and-ignorance\\_fig1\\_263651305](https://www.researchgate.net/figure/Types-of-incertitude-relations-between-risk-uncertainty-ambiguity-and-ignorance_fig1_263651305)

Esa decisión promueve una conducta que, a su vez, retroalimenta los fundamentos de la decisión misma. Obtener la riqueza en un sitio y preservarla en otro incentiva comportamientos rentistas y extractivos,

como los del depredador en territorio ajeno que ya no se preocupa por cuidar el equilibrio general del sistema sino, sabiendo que sus competidores también extraerán recursos presentes sin atender a su reproducción futura aspira a maximizar su captura, es decir obtener la mayor cantidad posible del recurso y hacerlo, naturalmente, antes que sus competidores.

El resultado es tan previsible como inevitable: las crisis cíclicas recurrentes a las que nuestro país nos ha habituado, confirmando la asunción de los actores de que el futuro será peor que el presente y por tanto dando una vez más justificación a ese comportamiento: conductas defensivas y demandas de reparación inmediata antes de la *próxima crisis*, con la intención de protegerse o de *recuperar lo perdido* y ayudando, de ese modo, a comprimir aún más el horizonte temporal.

Como intentamos señalar en dos artículos, con Eduardo Levy Yeyati<sup>4</sup> y con Marina dal Poggeto<sup>5</sup>, las élites argentinas se fueron especializando en buscar rentas en lugar de generar riqueza, y en obtener privilegios que cuestionan en sus fundamentos mismos los principios de una sociedad moderna, diseñada con una

[ 3 ] En comunicación personal, Sebastián Katz señala al respecto: “En general, en las sociedades dinámicas hay más riesgo pero está asociado con un mayor crecimiento promedio. Aquí hay incertidumbre en sentido estricto, no modelable, y eso provoca una tendencia al estancamiento, cuando no a la retracción económica. La disrupción macroeconómica, además, tiene consecuencias morales por su componente de arbitrariedad, lo que erosiona la legitimidad del sistema, el compromiso, la conducta extractiva (ahí de rentas porque son bajos los estímulos a la inversión productiva y muy elevados los dirigidos al consumo presente del capital existente) y los incentivos a la cooperación: todos sacan; nadie pone.”

[ 4 ] ALEJANDRO KATZ y EDUARDO LEVY YEYATI, *La construcción de una sociedad sin privilegios*, La Nación, Buenos Aires, 12 de noviembre de 2022. Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/ideas/el-interes-comun-la-construccion-de-una-sociedad-sin-privilegios-nid12112022/>.

[ 5 ] MARINA DAL POGGETTO y ALEJANDRO KATZ, *El colectivo: ¿un invento argentino?*, La Nación, Buenos Aires, 29 de enero de 2023. Disponible en <https://www.lanacion.com.ar/ideas/el-colectivo-un-invento-argentino-nid29012023/>.

cierta idea de justicia y con un fuerte principio de igualdad ante la ley. A lo largo de medio siglo, estas prácticas han ido creando una cultura o, en términos de José Luis Romero, una mentalidad, un modo particular de hacer las cosas de un determinado grupo social.

El rasgo a mi entender más manifiesto de esa mentalidad es la reversión del proceso modernizador que, con sus más y sus menos, de un modo tenso y lleno de contradicciones, nuestro país había iniciado en la segunda mitad del siglo XIX. Esa reversión se observa en las tres esferas de la vida pública que mencioné anteriormente. Desmodernización de la estructura económica, a causa de la continuada reprimarización sufrida durante los últimos cuarenta años, con un creciente predominio de la economía extractiva basada en recursos naturales, acompañada de la consolidación de una industria conducida por buscadores de rentas expertos en gestionar y obtener protecciones estatales o directamente contratos públicos, alejada cada vez más de la dinámica innovadora y competitiva del capitalismo avanzado y, mucho más, del tardocapitalismo tecnológico. Una estructura económica que puede eventualmente producir crecimiento, pero que, utilizando una distinción en la que insistía Julio Olivera, no produce desarrollo.<sup>6</sup>

Segunda esfera: la de las formas de sociabilidad, que, en la Argentina, se distinguieron de las latinoamericanas por sus rasgos igualitaristas y por su alta movilidad social, y desde la dictadura, pero más acusadamente desde los años noventa, no solo ha perdido dinamismo sino que ha invertido el sentido del progreso: si en una época la mayor parte de la sociedad argentina tenía la certeza de que sus hijos vivirían mejor, hoy resulta evidente que, con la excepción de los estratos más altos, las condiciones de vida del conjunto de la población se han deteriorado en rela-

ción con las de generaciones anteriores, y se seguirán deteriorando en el futuro. Cada vez más, el destino de las personas depende principalmente, como en las sociedades tradicionales, del lugar social en el que han nacido, y no de sus capacidades y propósitos. El código postal de nacimiento se ha convertido en el principal predictor del futuro de un individuo; para la mitad de la población de nuestro país origen es destino.

Por último, la creación de ciudadanía, la aspiración de universalizar los derechos civiles por medio de la incorporación de todos los miembros de la sociedad a la comunidad política, que comenzó a revertirse al ritmo de la creación de una pobreza cuya magnitud y duración es una clara detracción de derechos para quienes son excluidos y que alcanzan, ya, a cuatro de cada diez compatriotas y a más de uno de cada dos niños y jóvenes. Guillermo O'Donnell ya había visto este proceso en los años 90 del siglo pasado, y lo caracterizó con un término que alarma por su precisión: des-ciudadanización. No hay ejercicio posible de la ciudadanía en la marginación material y simbólica.

En ese camino, la sociedad argentina se ha vuelto conservadora, reacia a la innovación y refractaria a las reformas. Sometida a una dinámica política en la que *reforma* es siempre *reforma del otro*, y nunca puesta en cuestión de los privilegios de quien goza transitoriamente del ejercicio del poder, y entrenada por la experiencia del deterioro sistemático de su calidad de vida y de sus perspectivas, la sociedad, o, más bien, los actores colectivos provistos de cuotas de poder se han entrenado para bloquear el cambio.

Pero quisiera también señalar un rasgo particular del proceso de desmodernización que afecta centralmente a nuestra discusión sobre la productividad, y que está vinculado con la estratificación de la sociedad y con una creciente inequidad en la distribución de la renta.

Cuando Adam Smith escribió que *"todo hombre... debe ser rico o pobre según la cantidad de trabajo que pueda exigir o que pueda permitirse comprar"* tenía en mente el trabajo como medio para un fin, un insumo para

---

[ 6 ] Nota de SEBASTIÁN KATZ en comunicación personal: *"Sin duda, esto ocurre para la economía en su conjunto pero al mismo tiempo, un rasgo muy notorio es la heterogeneidad estructural, con sectores (nichos, si se quiere) de alta productividad y bastante competitivos globalmente. Incluso, en el propio sector primario."*

producir riquezas. Pero hay un tipo de trabajo que puede ser comprado, utilizando la fórmula de Smith, que se orienta no a la producción de riqueza sino a la provisión de bienestar: el trabajo de servicios personales que, en países de media o baja productividad y sumamente desiguales, pueden comprar los sectores medios y altos de la población.

**Reporting from São Paulo, Rapoza (2013) remarked: “Ask an expat [from a rich country] what they love most about living overseas and they will inevitably tell you this: the taxes and the maid service. That’s right. Maids.” O’Dougherty (2002: 209) notes that typical two- or three-bedroom upper-middle class homes in São Paulo include a service (i.e. maid’s) area, and her documentation of the lives of these households contain repeated references to domestic servants. In Mexico the indispensability of domestic workers is indicated by the fact that they are often referred to as la felicidad de la casa, or the happiness of the household (e.g. de la Torre, 2014; Mexia, 2013).**

**PAUL SEGAL**

*INEQUALITY AS ENTITLEMENTS OVER LABOUR,*  
LSE, WORKING PAPER 43, APRIL 2020

---

[ 7 ] Paul Segal, *Inequality as Entitlements over Labour*, Working paper 43, London School of Economics, abril de 2020.

Modelo de este tipo de trabajo en América Latina es el servicio doméstico, pero una mirada en torno nuestro nos lo hará visible un poco por doquier. Cuando llegué a vivir a la ciudad de México, hace más de 40 años, me sorprendió inmediatamente la cantidad de personal de servicio en los Sanborn’s y otros locales de comida. La semana pasada conté, en una panadería y cafetería que abrió a 200 metros de mi casa en Villa Urquiza, nueve empleados. Hace solo unas semanas noté que en un café de Madrid solo dos chicas se ocupaban de atender la cocina, la barra, el salón y la caja. O comparemos la disponibilidad de los servicios de delivery en una capital europea y en una latinoamericana, o en la accesibilidad de los servicios de transporte personal, en taxi, en Uber o en Cabify.

Pensemos por ejemplo en los lavaderos de autos, o en las estaciones de servicio de las economías de alta productividad, y comparémoslas con las nuestras, en las que los conductores permanecen sentados en el interior de los coches mientras un empleado carga gasolina, y en los intentos fallidos por instalar surtidores sin operador.

No se trata solo del bienestar asociado con el hecho de obtener un servicio. Se trata también de la afirmación en una posición social superior a la de quienes lo prestan.

Siguiendo a Anthony Atkinson, Paul Segal, de la London School of Economics, sostiene “*que las medidas estándar de desigualdad pueden considerarse medidas de ineficacia distributiva en la producción de bienestar social [dado que] se necesitaría menos renta agregada para producir el mismo nivel de bienestar social si esa renta se distribuyera de forma equitativa, que de forma desigual*”<sup>7</sup>

Como señala Segal, el aumento de la igualdad limita las posibilidades de contratación de trabajo destinado a la provisión de los servicios personales que incrementan el bienestar de los sectores medios y altos. “*Las mejoras de la productividad –escribe– son necesariamente limitadas en los sectores en los que el trabajo es un fin en sí mismo. Este punto –continúa– se aplica*





PARÍS



KANSAS



BUENOS AIRES



BUENOS AIRES

a lo que Acemoglu y Autor describen como *tareas manuales no rutinarias*, es decir, actividades que requieren adaptabilidad situacional, reconocimiento visual y lingüístico e interacciones en persona, *entre las que se incluyen los servicios domésticos y personales como el trabajo de cuidados, la limpieza y el chofer.* Los sectores medios altos y altos de una sociedad en proceso de desmodernización accederán a menos bienes y

servicios que sus equivalentes de una sociedad rica y más igualitaria, pero tendrán más capacidad de comprar servicios personales que mejoren su bienestar<sup>8</sup> y simultáneamente, como observa Segal, les permitan hacer una afirmación de estatus social.

Los límites a la especialización de las personas desprovistas de capital simbólico y educativo se combinan así con el incentivo de los sectores medios y medio altos para sostener brechas de ingresos que les permitan mejorar su bienestar y reafirmar su estatus comprando servicios personales de baja calificación, reforzando así la trampa de una sociedad crecientemente improductiva.

[ 8 ] En el último año, el 1% superior de Suecia tenía unos ingresos disponibles de 178.000 US\$ PPA, lo que les hacía sustancialmente más ricos en términos de bienes y servicios de consumo general que sus homólogos de México, que tenían 107.000 US\$ PPA. Pero los mexicanos podían permitirse contratar a 21 trabajadores a tiempo completo, frente a los 3,7 de los suecos. En SEGAL, op cit.



Quisiera agregar un último elemento en este fresco de la sociedad argentina actual que estoy intentando dibujar para ustedes. Como sabemos, la mentalidad burguesa –sigo nuevamente en este punto a José Luis Romero– que está en el origen de las revoluciones científicas, técnicas y políticas que, a lo largo del tiempo, alumbran el mundo moderno, esa mentalidad es hija de la ciudad. “*Sobre la base de la estabilidad mortecina, del carácter casi pasivo del mundo rural* –escribe Romero–, *el mundo urbano se convierte en el polo creador, en el centro de los cambios y transformaciones. Todo eso le da a la ciudad un papel hegemónico indiscutido: en cierto sentido* –continúa–, *toda la cultura moderna es cultura de ciudades.*”<sup>9</sup> A diferencia de los habitantes del mundo rural, “*inmersos en la rutina cotidiana, la burguesía es la que transforma la vida en un proyecto*”.

Naturalmente, no se trata de la ciudad física, de la pura trama urbana, sino *del tipo de pensamiento* que la produce y que es producido por ella. Ese fue, indudablemente, uno de los rasgos distintivos de nuestro país en el conjunto de las naciones latinoamericanas desde finales del siglo XIX y las primeras tres cuartas partes del siglo XX. En efecto, Argentina fue tempranamente una sociedad urbana, no solo, no principalmente, por el alto porcentaje de su población urbana respecto de la población rural, a diferencia de casi toda la América Latina, sino porque las suyas fueron ciudades que rápidamente se inscribieron en el proyecto moderno.

Pero desde los años 70 la tendencia se invierte: la ciudad argentina comienza a convertirse en una ciudad dual, con enclaves dinámicos y modernizadores crecientemente rodeados de suburbios en los que el proceso de desmodernización se acelera.

El espacio físico, la vivienda, las relaciones sociales y familiares, la acumulación de capital y la capacidad de ahorro, el patronazgo, la imposibilidad de planificar tanto en la esfera privada como en la pública, la aparición y ampliación de una economía de recolección, encarnada en los miles de personas que se hacen presentes de un modo fantasmagórico cada noche para recoger los restos...

Todo ello nos obliga a preguntarnos si nuestras ciudades son verdaderamente ese “*polo creador, centro de cambios y transformaciones*” del que hablaba José Luis Romero para describir el ambiente en el que la mentalidad burguesa se desarrolla, o si se parece más a lo que ocasionalmente Martín Rapetti describió con amargura como una sociedad de cazadores recolectores.

Dado que el mejor predictor del futuro es el pasado, es racional que la conducta de los actores individuales y colectivos sea defensiva y conservadora. La memoria individual y social indica que el futuro será peor que

---

[ 9 ] J. L. ROMERO, op cit., p. 20.



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Diccionario de la lengua española Edición del Tricentenario Actualización 2022

RAE.es

Consulta posible gracias al compromiso con la cultura de la

por palabras  Consultar



Fundación "la Caixa"

**anacronismo**

Del gr. ἀναχρονισμός, *anachronismós*.

1. m. Condición de anacrónico.
2. m. Persona o cosa anacrónicas.
3. m. Error consistente en confundir épocas o situar algo fuera de su época.

Edición del Tricentenario

Guía de consulta

Modo de cita

UNIDRAE

Consultas lingüísticas

Actualización 2022

cualquiera de sus pasados; en consecuencia, defender las posiciones presentes es la mejor estrategia posible. Pero ello condujo a que la nuestra sea una sociedad bloqueada, refractaria a cualquier reforma. La racionalidad individual puede conducir a resultados colectivos irracionales.

El comportamiento rentista de las élites, la mentalidad cada vez más refractaria a la modernidad de crecientes sectores de la sociedad, la reversión de la capacidad de especializarse que impera en los mundos de la pobreza constituyen esa *serie de elementos sociales, psicológicos y culturales que subyacen y condicionan las actitudes y el comportamiento económicos*, y que, reforzándose mutuamente, hacen de la nuestra una sociedad cada vez más alejada de los dispositivos institucionales y de los sistemas de incentivos que, aumentando la productividad agregada, permitirían crear riqueza de un modo sostenido.

Como señalábamos al inicio de este trabajo, un concepto no opera de modo aislado: para cobrar sentido, para nutrir el sistema de pensamiento y regir la conducta del grupo social, esas ideas deben formar parte de un conjunto más amplio. La idea de productivi-

dad solo puede ser fértil si está acompañada de, y enmarcada por, otras ideas y conceptos: progreso, modernización, bienestar, desarrollo, equidad por mencionar algunas.

No parece ser ese el conjunto de ideas por el que se rigen las élites argentinas, ni son las ideas que ordenan el comportamiento de los diversos actores sociales. Como intentamos mostrar en el ensayo que publicamos con Levy Yeyati, el régimen imperante en la sociedad argentina actual es el de los privilegios, el de la búsqueda y la obtención, por parte de diversos grupos de poder, de rentas que, aun siendo legales son, desde una perspectiva democrática, ilegítimas y, desde el punto de vista económico, ineficientes. La democracia, decíamos entonces, ha pretendido ser un régimen de supresión de privilegios, de modo tal de poner a los ciudadanos en condiciones de igualdad. Por el contrario, la extensión de beneficios particulares a grupos de presión es una reversión democrática, una velada restauración de un marco social, económico y cultural rígido, alejado de la dinámica abierta y orientada al porvenir que exige la modernidad.



En ese marco, la productividad es un concepto anacrónico, que corresponde a un proyecto de futuro que ha sido abandonado, es una distopía que perturba el antiguo orden ya restablecido: un orden en el que no se trata tanto de producir riqueza como de extraer rentas; en el que no se aspira a generar bienestar a través de la prosperidad, el conocimiento y la provisión de bienes públicos de calidad, sino por la disponibilidad de servicios personales asequibles, informales y de baja productividad; de preservar posiciones antes que de emprender aventuras. Ya en 1992 Carlos Nino señaló que el nuestro era un país *“en pronunciadas vías de subdesarrollo”*. Como escribimos con Marina, *“nuestro país ha resuelto del peor modo el clásico dilema entre eficiencia y equidad, según el cual los acuerdos destinados a alcanzar mayor eficiencia pueden entrar en tensión con los acuerdos destinados a lograr niveles menores de desigualdad entre los ingresos, los patrimonios o las oportunidades de las personas. La solución argentina consiste en deteriorar simultáneamente la eficiencia y la equidad. Hemos sabido hacer una sociedad que es progresivamente menos productiva y menos justa.”* Una sociedad, para volver, también nosotros, al origen, con el estrés de Nueva York y la productividad de Quito.